



e diría que estamos tocando el techo de la desesperanza y ésta no la puede volver del revés ni la mismísima posmodernidad. "Todas las gaviotas -dice el poeta manchego José Antonio Espejo- han decidido suicidarse". Más que un verso magnífico, restallante y rotundo, parece -¿no lo es?- una noticia apocalíptica. Dionisio Cañas, otro fino escritor de la Mancha, acaba de publicar un resplandecido y melancólico poemario cuyo título es "El final de las razas felices". Estamos poniendo pie en el siglo XXI, y este, el que acaba,

se nos está terminando absolutamente desposeído de alegría. Vivimos, como alguien ha diagnosticado, la "ceremonia de la confusión" propia de "tiempos de indigencia". El hombre, todo el hombre, lleva el vuelo herido de su alma entre el desencanto de la pérdida de los territorios míticos y la insofocable hambredad del cumplimiento de los sueños. Hemos paladeado todo o casi de cuanto se creía que tenía credibilidad, belleza y subsistencia, constatando el salobre y oscuro sabor de la ceniza. Nunca como ahora se padece se ha padecido así la general enfermedad de la decepción y el desencanto. Antes, hace muy pocas décadas, nos hería en la mitad central del pecho la angustia o la congoja. Ahora mismo es el cansancio, como el roce voluptuoso y corrosivo de la nada, lo que se instala sobre la piel del pensamiento de los hombres. Las nuevas generaciones que llegan son muchedumbres tristes de jóvenes que han asesinado al padre, y se les ha quedado el corazón sin raíces, probablemente ya todos, como escribiría Pedro A. González Moreno, "nómadas de los amaneceres". "Y ahora qué nos salva", se pregunta y nos pregunta Pedro Antonio. Afirma González Moreno, en un alucinado libro reciente, "Señales de ceniza", que estamos "solos sobre el espejo derramado del tiempo". Ah, el tiempo. Aquel gran promotor de empresas culturales que fue Rafael Jaume definía al mundo como la "nada redonda que llamamos tiempo", adelantándose, en su suave y transparente serenidad balear, a esta atmósfera del desencanto y el sinsentido actuales.

Sería interesante recorrer las páginas todas de los últimos libros de poesía que se están editando ahora mismo por las más recientes hornadas de escritores jóvenes, para verificar que no nos queda ya ni el último autobús para llegar a tiempo. Hemos llegado tarde a la alegría e incluso antes de que la fiesta acabe está todo el personal con el alma en un puño ante las copas vacías de la madrugada, advirtiendo que nada queda sino nada de cuanto en principio fue esperanza. Este final de siglo ha perdido la esperanza Ana Frank,

